

GENERACIONES Y TENDENCIAS EN LA POESIA DOMINICANA DEL SIGLO XX

Por Alberto Baeza Flores

Hacia un concepto de la generación literaria

EN SU "LITERATURA HISPANICA CONTEMPORANEA", Barcelona, 1963, Ediciones La Espiga, Guillermo Díaz —Plaja, correspondiente de la Real Academia Española y de "The Hispanic Society of America", señala cinco condiciones, en común, al grupo de escritores que van a constituir una generación literaria: a) La fecha de su nacimiento, relativamente próxima. b) Una actitud parecida de rebeldía frente a las generaciones anteriores. c) Elementos formativos análogos. d) Un mismo acontecimiento generacional, que los une o los aproxima. e) Un guía o conductor, cuyo prestigio acatan. (Estas características están en la pag. 48, en "¿Qué es una generación literaria?").

Díaz—Plaja, que me parece un excelente guía en este y otros temas de apreciación literaria y crítica, toma como ejemplo, para su análisis, la llamada Generación del Noventa y Ocho en España.

Hay un excelente y orientador ensayo que Pedro Salinas incluyó en "Literatura española siglo "XX", Madrid, 1970—1972, Alianza Editorial. 223 pags. 18 cm.

El estudio de Salinas fue leído en el P. E. N. Club de Madrid, en la sesión del 6 de diciembre de 1935 y ocupa desde la página 25 hasta la página 33 en "Literatura española siglo XX." "Azorín —escribe Salinas en pags 26 y 27— es, pues, el que lanza a los cuatro vientos esta denominación y el que primero intenta fundamentarla, atribuyéndole unos caracteres de comunidad, tanto en sus orígenes como en su obra. Se inicia una lenta pero continua polémica en torno a este concepto azoriniano: hay o no hay "generación del 98"? Responde este nombre a un complejo espiritual unitario, de

realidad histórica, o es pura arbitrariedad que se le ha ocurrido a Azorín? ”

Salinas señala que, aun antes que Azorín, había aplicado Gabriel Maura la palabra “generación” a los escritores de 1898, aunque Maura lo hace en forma imprecisa. Azorín publica sus artículos en el A.B.C. y, más tarde, los recogerá en “Clásicos y modernos” (1913).

Sobre el concepto generacional

Pedro Salinas nos recuerda —pag 27 de su libro ya citado— que nada menos que dos de las cabezas de la llamada generación del 98 en España —Pío Baroja y Ramiro de Maetzu—, han negado la existencia de esa generación. Me parece que ésto no significa que la generación deje de existir, pues se trata de un hecho que existe en sí, por sí. Lo que me resulta tema de meditación es el hecho de que dos escritores inmersos en esta generación, tan importante, cuestionen el tema generacional.

Tengan ellos o no conciencia de la existencia de una generación, la generación existe. Me parece que la idea de la generación ayuda a la ubicación literaria y a la explicación de cierto ritmo dentro de la historia literaria, o de cierta corriente histórica que recorre la literatura —corriente que es muy variada, en cuanto a velocidad y a extensión, y es natural que así sea.

El problema generacional, como tema, es más bien contemporáneo. Salinas nos recuerda que el asunto está en el libro de Dilthey dedicado a Novalis, en su *Ensayo sobre Novalis* (1865). Pero estos estudios sobre el tema de las generaciones continúan en Pinder, Wechsler, Peterson y Jeschke.

Se debe a Peterson un libro de bastante influencia sobre el tema: *Las generaciones literarias*. Para Peterson, la aproximación en los años de nacimiento coloca a los así nacidos en un mismo grado y distancia en la receptividad de los acontecimientos vitales; también hay una cierta homogeneidad de educación; existe un trato humano, una serie de relaciones personales, entre los integrantes de una generación; hay alguna etapa de trabajo conjunto, de tertulias —aunque después se separen; existe, además, un hecho cultural, histórico general, que viene a ser una experiencia generacional. Tomo las ideas principales de los comentarios de Salinas sobre Peterson.

Me interesa un comentario de Pedro Salinas —pag 31— que resulta bastante esclarecedor:

Porque conviene añadir, aunque sea de paso, que lo que la generación tiene de común es el problema de su tiempo, la demanda y el quehacer de su tiempo. Pero admite, como es natural, la máxima variedad en las soluciones de ese problema. (...) Yo diría que las escuelas literarias no son otra cosa sino las distintas soluciones que una generación ofrece a un único problema.

Dos aspectos más señala Peterson en su concepción respecto a la generación literaria: Es necesario un "lenguaje generacional" y comenta Salinas: "Eso es lo primero que el público capta cuando asoma en el horizonte una nueva generación: su modo de hablar, tal forma nueva de expresarse". El otro aspecto señalado por Peterson es el anquilosamiento o parálisis que siente la generación anterior, que llega a una cierta incapacidad de nuevas creaciones.

Este último punto pudiera ser rebatible, pues si se piensa en un poeta como Juan Ramón Jiménez se encontrará que se trata de un creador en continua expresión y expansión de nuevos contenidos, de nuevos modos, de exploraciones continuadas. En cierto modo, en la literatura dominicana, Domingo Moreno Jimenes nos da muestras de su movilidad, de su inquietud, de su insatisfacción creadora, de su expansión que lo lleva, por ejemplo, hacia una poesía colectiva; que ya vimos en el volumen anterior, y que lo conduce a etapas de poesía mesianista, universalista, neo—realista, comarcal, post—modernista, neopopular, etc.— donde temas y corrientes se mezclan, sin olvidar al Moreno Jimenes que se acerca a la poesía, en ciertas etapas, con una intuición que tiene algo del budhismo Zen.

También en dos poetas muy jóvenes de *La Poesía Sorprendida* es evidente esta creación nunca atenuada en nuevas vías, tonos, modos, maneras, corrientes. Y me refiero a Antonio Fernández Spéncer y a Manuel Rueda. Pudiera citar otros ejemplos: Manuel del Cabral, Pedro Mir, Incháustegui Cabral, Freddy Gatón Arce, y aún otros.

Algunas otras consideraciones sobre la idea de generación

Me parece importante, en relación al tema generacional, el punto de vista de José Ortega y Gasset en su obra el *Tema de nuestro tiempo*:

“Una generación no es un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación es el concepto más importante de la Historia, y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos”.

Vemos que, en relación a las ideas de Peterson sobre la generación literaria, Ortega y Gasset nos ofrece una más de conjunto, en relación a la generación, de donde recordamos, además, que de una parte están los guías —lo que llama Ortega “hombres egregios”— y que además está la masa generacional, que a su vez —decimos— está formada por diversos estratos de donde salen los lectores y acompañantes de los espíritus más significativos de una generación y, en este caso, de sus poetas.

Continúa Ortega y Gasset:

“Una generación es una variedad humana. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan una fisonomía común, diferenciándola de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, pueden sentirse como antagonistas, pero unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se parecen más todavía”.

En la generación existen, como elementos constitutivos, lo recibido y lo espontáneo. Si predomina lo recibido se trata de una generación destinada a conservar, enriquecer. Si predomina lo espontáneo, la generación será eliminatoria y de combate.

María de Maeztu en *Antología —Siglo XX— Prosistas españoles*, Buenos Aires, 1943, nos recuerda, pag 20, que:

“Estos hombres (de una generación) difirieron por su mentalidad, por su temperamento, por sus gustos y aficiones, por sus ideas y creencias, pero se sienten enlazados en una misma tarea, en un mismo afán, en una misma labor: la que cada época exige de los hombres que viven en ella”.

El punto de vista de Julián Marías

No deseo dejar de referirme al punto de vista de Julián Marías, en

relación al problema de las generaciones y que me ha sido recordado por carta del poeta y crítico Lupo Hernández Rueda del 12 de abril de 1975.

Hernández Rueda me recuerda *El Método Histórico de las Generaciones* que es un libro importante de Julián Marías (1914) sobre el tema. Pero, también, Hernández Rueda, en su carta, me recuerda un artículo de Julián Marías publicado por *El Caribe*, Santo Domingo, 14 de marzo de 1975, con el título de *El Próximo Acto*. En él, Julián Marías presenta este cuadro de las generaciones:

Generación "superviviente" 1901 (nacidos entre 1894 y 1908)
Generación "augusta", 1916 (nacidos entre 1909 y 1923)
Generación "cesárea", 1931 (nacidos entre 1924 y 1938)
Generación "ascendente", 1946 (nacidos entre 1939 y 1953)
Generación "juvenil" 1961 (nacidos entre 1954 y 1968)

Comprendo que el ilustre maestro y pensador —que es un filósofo de mi generación— discípulo de Ortega y Gasset, autor de *La estructura social*, *Los Españoles*, Miguel de Unamuno, Ortega, *Introducción a la filosofía*, ha debido recurrir a estas denominaciones simbólicas, para acomodar su teoría. Por otra parte Marías no está de acuerdo con Peterson. Dice Julián Marías: ". . .El concepto mismo de generación literaria es infecundo y, a lo sumo, tendría el valor de una ejemplificación o particularización abstracta de la generación histórica en su plenitud" (pag 137). Modestamente creo que necesitamos del concepto de generación literaria como una vía de comprender ciertos aconteceres literarios.

Ortega y Gasset observa que "las generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior". (*El Tema de nuestro Tiempo*).

Un esquema cronológico de las generaciones líricas dominicanas

Se está, más o menos, de acuerdo en recurrir a una medida cronológica para la designación de las generaciones literarias. Se acepta, con más o menos fortuna, que entre una y otra generación literaria la medida cronológica sea de quince años.

En relación a las generaciones poéticas dominicanas podemos proponer un primer esquema puro o ideal, en relación a una cronología absoluta. En este caso, las generaciones poéticas dominicanas

durante el siglo XX serían siete, para abarcar todo el siglo y los años claves serían estos: 1900 — 1915 — 1930 — 1945 — 1960 — 1975 — 1990.

De estas siete generaciones sólo sería posible hablar, de modo concreto, de cinco, pues la de 1975 — año en cuyo primer mes escribo estas notas— estaría cuajándose o por cuajarse y la de 1990 aun no ha sido vivida, pues sus poetas integradores empezarán a ser engendrados en 1975, mientras pienso en esa generación futura, que llegará hasta el año 2005.

Por qué 1900 como generación? por qué esta fecha inicial que corresponde al inicio de un nuevo siglo? Justamente por eso: porque es la generación que estrena un siglo y porque ese siglo, desde el punto de vista poético, se llama: el estreno de un siglo que marca una madurez del modernismo. Sólo dos años se ha elegido ese 1898 para designar a una brillante generación de escritores españoles —acaso la más honda, por su huella, por su ejemplo, por su calidad, de todas las del siglo XX.—

Este 1900 está entre dos libros claves de la madurez del modernismo: entre “Prosas Profanas” (Buenos Aires, 1896) y “Cantos de Vida y Esperanza” (Madrid, 1905). Son dos fechas definitivas para la escuela o tendencia que tendrá tanta importancia en la poesía dominicana.

Esta de 1900 sería la generación poética dominicana de los modernistas. Qué revista agrupa a estos poetas, como punto significativo de relación entre ellos? Qué libros o qué obras resultan señeras para fijar una fecha de reunión o signo generacional?

Estamos partiendo de un esquema puro, al que, dentro del examen, iremos fijando fechas posibles o aproximadas para la designación final, si es que cabe.

Algunos títulos, que pudieran ser claves, no nos sirven como señales de un hito generacional. Enrique Henríquez (1859—1940), excelente y simbólico poeta de un modernismo bastante puro, sólo se decide a reunir su obra dispersa en revistas, un año antes de su muerte: en 1939. Hay un poeta —clasificado entre “los dioses mayores” de la poesía dominicana— y que nos ofrece una curiosa situación, dentro del plano de la crítica: si le hubiéramos preguntado si se consideraba un poeta modernista nos hubiera dicho, posiblemente,

que no. Sin embargo, cuando lo leemos y lo releemos nos parece que hay en él esencias modernistas y cuando decimos —también en nuestro interior— el poema “De Luto”, tenemos el convencimiento que se trata de una pieza de un poeta modernista. Gastón Fernando Deligne (1861—1914) —muerto un año antes que Rubén Darío— nos da su libro clave e inicial en 1908 y se llama “Galaripsos”, que tanto dará que hablar a los críticos y estudiosos de la poesía dominicana.

Arturo B. Pellerano Castro (1865—1916) —que muere un año después de Rubén Darío y que nos da el antológico poema “A Mercedes Alfau” publica “Criollas”, un libro clave en su obra, en 1907.

Debo recordar que Julio Caillet Bois en su “Antología de la Poesía Hispanoamericana” (Madrid, 1958, Aguilar) ubica muy claramente a los tres poetas, a que me he referido, en el Modernismo: Enrique Henríquez y Alfau en página 748; Gastón Fernando Deligne en poemas que van desde la página 753 hasta la 758 y Arturo Pellerano Castro —precisamente con sus “Criollas”— desde la página 795 hasta la pag. 797.

Continuemos nuestra búsqueda de una fecha clave para esta generación. Fabio Fiallo (1866—1942) publica su libro de estreno, que moverá especial atención en el panorama poético dominicano de entonces, en 1902. Se trata de “Primavera Sentimental”. Es un excelente título para llamar la atención sobre un nuevo quehacer generacional. Se trata de una nueva primavera del color y del sonido en la poesía dominicana, de una nueva música. El segundo título de Fabio Fiallo es de 1910 y se llama “Cantaba el Ruiseñor”.

Detengámonos, unos momentos. Se nos dirá que Fiallo viene de un post becquerianismo y que ese ruiseñor que canta es un poco heiniano. Sin embargo, Caillet Bois no ha vacilado en colocarlo entre los poetas modernistas de su *Antología de la poesía hispanoamericana* —desde la página 801 hasta la pág. 803— y el maestro Don Federico de Oníslo ha colocado a Fiallo (pag 137) en su *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana* (1882—1932) como el último poeta de la “Transición del Romanticismo al Modernismo” y antes de Rubén Darío y del “Triunfo del Modernismo”. Pero observemos que entre los poetas que figuran junto a Fabio Fiallo están el chileno Pedro Antonio González, el colombiano Ismael Enrique Arciniegas, los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco A. de Icaza, el colombiano José Asunción Silva, los cubanos José Martí y Julián del Casal a los que no titubearía en llamar modernistas y no precursores

del modernismo, como una parte de la crítica los ha calificado. Para mí encierran ellos el modernismo, aunque no sean, como lo es Rubén Darío, la plenitud del modernismo y su maestría. No olvidemos aquel calificativo humano que sale de labios de José Martí cuando, por primera vez, abraza a Rubén Darío en Nueva York: "¡Hijo"!

Por otra parte qué es ese título que el poeta Gastón F. Deligne ha buscado para su libro de estreno? La crítica ha ubicado, generalmente, a Gastón F. Deligne en un sitio anterior al modernismo. Pero ese título de "Galaripsos" no nos está indicando una vocación modernista, en esto?

Prosigamos nuestro viaje. Andrejulio Aybar (nacido en 1872) publica de un modo tardío: en 1913, su "Epístola al Presidente Bordas". Virgil Díaz (nacido en 1880), que cruza el modernismo y se nutre de sus mejores lecturas, aparece dentro de una modalidad propia —el Vedrinismo— y sus libros son de 1912 y 1927 ("Góndolas" y "Galera de Pafos", respectivamente). En el futuro, posiblemente, los críticos se preguntarán hasta qué punto Vigil Díaz es un excelente modernista o un poeta de una nueva apertura. Requeriría, ahora, una relectura de sus dos libros —que tengo delante— para poder aportar algunos puntos de vista a esta cuestión. Por otra parte, he estudiado a Vigil Díaz en el tomo correspondiente al período desde 1883 hasta 1943 de la poesía dominicana.

Valentín Giró (nacido en 1883), que para Pedro René Contín y Aybar en su *Antología Poética Dominicana*, primera edición 1943, pag 76, fue con *Virginia*, el clarín modernista que más revuelos causó en nuestro mundillo intelectual, publica sus *Ecos mundanos* como primer libro y no he podido determinar su fecha.

Pero tenemos al excelente modernista Osvaldo Bazil (nacido en 1884) que nos da su libro de estreno en 1901, casi con el siglo. Se trata de "Rosales en flor". Y publica su segundo libro en 1907 y es "Arcos votivos". Y Ricardo Pérez Alfonseca (nacido en 1892), el benjamín de los modernistas dominicanos publica sus "Mármoles y Lirios" —título finamente modernista— en 1909.

Emilio Morel, nacido cinco años más tarde que Pérez Alfonseca, publica su libro inicial en 1911. Enrique Aguiar (nacido en 1890) lo hace en 1913 y es "Desfile de penumbras".

Pero aquí surge un primer problema, no fácil de resolver. Veinticinco años separan el nacimiento de Enrique Henríquez del de Osvaldo Bazil. Y Enrique Henríquez lleva nada menos que treinta y tres años a Ricardo (nacido en 1894).

Pero en 1921 Moreno Jimenes "Psalms" y tres años más tarde, la primera edición de "Del anodismo al postumismo". Qué ha sucedido? Nada menos que ha irrumpido la vanguardia en la poesía en lengua española, que Moreno Jimenes, en su escenario se ha propuesto romper el verso y adentrarse, en la primera hora, por un neo-realismo con un trasfondo de dominicanidad o de búsqueda del color local y sus símbolos, y que Moreno Jimenes y sus amigos se hacen llamar postumistas y aunque el Postumismo pudiera ser un post-modernismo, como en cierto modo lo es, ellos desean hacer tienda aparte y la han hecho, dentro del escenario poético dominicano.

Tenemos, entonces, que Moreno Jimenes que debiera formar en la generación post-modernista con Federico Bermúdez (1884), Apolinar Perdomo (1889) y Vigil Díaz (1895) —este último poeta casi de la misma edad que Moreno Jimenes—, se va Moreno Jimenes hacia otras vías estéticas.

Se nos presenta, frente al caso del excelente y muy sensitivo Virgilio Díaz Ordóñez y a Domingo Moreno Jimenes, un hecho bastante evidente. Díaz Ordóñez (Ligio Vizardi) vendría a ser el capitán del post-modernismo dominicano, y se mantendrá fiel a esta estética hasta su muerte. Es el poeta mejor dotado, en su generación, para expresar estas esencias de un post-modernismo que la sensibilidad de Díaz Ordóñez teñirá, levemente, de un intimismo sentimental. Y su compañero de generación —desde un punto de vista cronológico—, que viene a ser Domingo Moreno Jimenes, vendrá a representar, estéticamente, en la poesía dominicana, una ruptura con el post-modernismo, hacia vías casi antitéticas.

Díaz Ordóñez y Moreno Jimenes están en una misma generación cronológica, pero representan movimientos estéticos distintos, y aún más: antagónicos.

De un poeta de fina hechura modernista que ahora va por la vía del tema social más allá del modernismo y que, además, ofrece algunos poemas con esa sencillez honda y meditativa en la línea del mexicano Enrique González Martínez —gran poeta de siempre— que

aconsejaba torcerle el cuello “al cisne” —uno de los símbolos rubendarianos.

Se trata, en el caso de Federico Bermúdez, de un poeta que va a hacer de poeta avanzado de algunos temas de los postumistas y que, por otra parte va a coincidir con Domingo Moreno Jimenes en una superación del modernismo.

No olvidemos a Apolinar Perdomo (1889—1918) que publicará en 1923 sus “Cantos de Apolo”. No olvidemos a Virgilio Díaz Ordóñez— Ligio Vizardi (nacido en 1895) que publicará en 1925 “Los nocturnos del olvido” y en 1929 “La sombra iluminada” y en 1930 “Figuras de barro”, a los cuales pudiéramos calificar en el post—modernismo dominicano.

No olvidemos que en 1912 Osvaldo Bazil publica en Barcelona su “Parnaso dominicano” y al año siguiente, también en Barcelona, su “Parnaso antillano”. Son dos antologías sin información bibliográfica de los poetas antologados, pero que recogen, también, a poetas jóvenes y anticipan ciertos tonos del post—modernismo dominicano.

Pero tenemos algo más y que vuelve compleja la idea de organizar a los poetas post—modernistas dominicanos de esta generación que pudiera ser, más bien de 1916 (invasión norteamericana, publicación de “Los Humildes”, muerte de Rubén Darío, post—modernismo), y que abriría un arco hasta 1930.

Este grave problema, a la hora del recuento y el ajuste generacional, lo presenta un gran poeta: Domingo Moreno Jimenes. Su libro “Promesa” (1916) y su obra “Vuelos y Duelos” (1916) —su segundo libro— nos ubican a Moreno Jimenes en un post—modernismo. Y hasta aquí todo parecería coincidir bien y Moreno Jimenes vendría a ser un post—modernista, poetas, aunque Deligne sería el primer sorprendido y no dudo que protestaría, de serle posible protestar. Pero, del mismo modo que en Enrique Henríquez hay unas líneas de su poesía que van hacia corrientes de más tarde (machadianas, por ejemplo), en Fernando F. Deligne, pese a sus desdenes al modernismo, hay líneas que van, francamente, hacia él y, además, que es muy importante, que se adentran hacia una contención post—modernista, que es machadiana. Curioso, singular, todo esto, pero me atengo a las notas de mis lecturas.

1915, desde un punto de vista cronológico debiera albergar la

fecha de la irrupción de la segunda generación poética dominicana en el siglo XX.

Tratemos de ubicar esta fecha. Se trata del segundo año de la gran guerra mundial —para fijar una fecha epocal—. Pero se trata, también y esto hay que decirlo con un toque de atención: el año víspera de la primera intervención armada norteamericana a la tierra dominicana y este hecho sacudirá, hondamente, el sentimiento nacional y tendrá implicaciones de muy diversas índoles.

En lo literario es el año víspera del fallecimiento de Rubén Darío, que muere el 6 de febrero de 1916, en León. La muerte del gran maestro del modernismo es un sacudimiento para las letras hispano-americanas. Estamos ya ante el inicio del post-modernismo, que había comenzado, en realidad, mucho antes y bastaría pensar en la obra de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez —modernistas en la primera hora del quehacer literario de dos de los más grandes poetas de este siglo XX.

Este finísimo, sensitivo, colorista y preocupado por el yo y el nosotros que es Federico Bermúdez (1884—1921) ha publicado su libro de estreno —“Oro Virgen”— en 1910, pero en 1916 nos dará “Los Humildes”, uno de los libros claves para la poesía dominicana en el siglo XX. Se trata de Pérez Alfonseca. Cronológicamente; y de manera muy desahogada, Enrique Henríquez pudiera ser padre de Pérez Alfonseca. Sin embargo Enrique Henríquez camina por las preocupaciones estéticas de los modernistas —el mañana—. Y, por otra parte, en su ancianidad bastante vivida y avanzada, participa de las tertulias de los jóvenes poetas de entonces que se reúnen en “La Cueva”, en la capital dominicana.

Dónde ubicar a Enrique Henríquez, generacionalmente? Pueden los que pudieran ser, cronológicamente, padre e hijo, cobijarse en una misma generación literaria? El problema no es menor y lo reencontraremos, también en relación a poetas de “La Poesía Sorprendida” y, sin embargo, y esto es lo que rompe los moldes o valladares generacionales, Enrique Henríquez debiera sentarse, históricamente, a la mesa literaria con Fiallo, Andrejulio Aybar, Bazil y Pérez Alfonseca. Y sería, con otros poetas, la generación dominicana de los modernistas, sin un jefe determinado, pues existe una pluralidad de jefaturas debido a las individualidades y vías de las respectivas poesías desde la de un modernismo becqueriano en Fiallo hasta la de un modernismo

muy puro en Pérez Alfonseca y hasta la vía hacia un post—modernismo en Enrique Henríquez.

Como se ve, no es fácil la determinación de quienes han de estar cronológicamente y quienes no. En este caso, pese a las diferencias de nacimientos, hay una unidad de modos poéticos, de valores estéticos, de amistad —y esto habría que subrayarlo bien—, de compañerismo, entre ellos.

Pese a todas estas observaciones llamaría la generación del novecientos a la de estos poetas que estéticamente son la generación modernista dominicana. Y tendríamos la primera generación lírica dominicana que se proyecta con el nuevo siglo. Queda a los estudiosos futuros el examen de la inclusión o no de Deligne. Yo me inclinaría por ubicarlo con estos.

Desde un punto de vista emocional, el poeta Vigil Díaz (1880) debe pertenecer a esta generación, porque es uno de los poetas en los cuales la intervención norteamericana deja huellas fuertes. Desde un punto de vista estético, Vigil Díaz intenta y se interna en una superación del modernismo de la plenitud rubendariana.

Pero hay dos poetas que cronológicamente están en esta generación —que pudiéramos llamar del post—modernismo y de la primera intervención norteamericana. Son Manuel Llanes (1899—1976) y Rafael Américo Henríquez, nacido el mismo año que Llanes, y su amigo y compañero ejemplar.

Pero si consideramos que Federico Bermúdez (1884) es un post—modernista a partir de “Los Humildes” (1916), tenemos que convenir que mientras Bermúdez es un poeta de joven madurez cuando publica su libro de fuerte huella generacional, y casi un libro guía, tanto Llanes como Rafael Américo Henríquez son dos muchachos o dos adolescentes que andan sólo en el a.b.c. de la poesía de sus diecisiete años de edad.

Pudiera estar —y debiera estar— en esta generación por razones cronológicas, Zacarías Espinal (1901—1933) como uno de los más jóvenes de la generación y que tenía 15 años cuando Bermúdez publicaba “Los Humildes”. Pero Zacarías Espinal muere sin reunir sus poemas y sólo son editados en 1961, por Ligia Espinal de Hoetink. Espinal va disparado hacia una extraña superación del post—modernismo, a través de un neo—barroquismo vedrinista, sumamente personal.

Por otra parte, Manuel Llanes y Rafael Américo Henríquez, que acompañan un trecho a Moreno Jimenes, en su primera hora postumista, vienen a escribir la obra más definitiva, más permanente, dentro del movimiento de "La Poesía Sorprendida" (1943—1947). Aunque cronológicamente pertenezcan a la generación post—modernista y de 1916 —para fijar un año clave, la acción poética de ambos se estrena más tarde con los postumistas— y la poesía más creadora la escriben dentro de "La Poesía Sorprendida", a mediados casi del siglo XX.

Pero hay otros poetas que deben reclamar un puesto en esta generación, de acuerdo a la cronología. Son: Rafael Augusto Zorrilla (1892—1937), y Andrés Avelino (nacido en 1900).

Pudiéramos, desde un punto de vista estético, y para marcar una cierta capitanía generacional, correr la fecha hacia 1921 —y llamarla "generación de 1921", postumista—, porque 1921 es un año clave para la irrupción del postumismo y, además, es uno de los años de la vanguardia de la poesía hispanoamericana y española. Pero, si tal hiciéramos, si corriéramos la fecha, dejaríamos afuera a los post—modernistas como Virgilio Díaz Ordóñez, que no fue un postumista, y dejaríamos, cronológicamente, afuera, a Federico Bermúdez que si bien apunta hacia algunos temas que desarrollarán los postumistas, y si bien "Los Humildes" es un antecedente para algunos de estos asuntos populares, sin embargo, el tono de Bermúdez, su estilo poético nada tiene que ver con el postumismo.

Habrá que separar, necesariamente, el año 1921 del año 1916 y preferir llamar "generación de 1916" a la que incluye a los postumistas, pero también a poetas post—modernistas puros (Díaz Ordóñez) y a poetas (como Llanes y Rafael Américo Henríquez) que irán mucho más allá del postumismo o desarrollarán algunos gérmenes postumistas (como Llanes) hacia vías insospechadas por Avelino y Rafael Zorrilla, y que sólo en algunos momentos de su telurismo podrán emparentarse con Moreno Jimenes. Llanes irá directamente al mundo metafísico donde trabajó César Vallejo y caminará, también, por el reino telúrico vallejiano.

El libro único y producto de la plenitud de Rafael Américo Henríquez es "Rosa de Tierra", publicado en 1944, fuera, enteramente, de la órbita de los poetas de su generación, desde el punto de vista cronológico. Manuel Llanes publica su primer y único libro —"El Fuego"— en la Colección La Isla Necesaria de 1953, que viene a ser

una prolongación o complementación estética de “La Poesía Sorprendida”. Y con Manuel Llanes se repite el caso apuntado para Rafael Américo Henríquez. Su obra está enlazada a la preocupación de poetas de generaciones siguientes.

En la poesía española del siglo XX podemos encontrar el caso del excelente y antológico Fernando Villalón (1881—1930). Nace en Morón de la Frontera y viene a coincidir, en lo estético no con su generación cronológica sino con la generación española de 1927 —la de Alberti, la de García Lorca y otros—. Fernando Villalón publica su primer libro a los cuarenta y siete años de edad. Es “Andalucía la Baja” (1927), libro al que sigue “La Toriada”, al año siguiente. En 1929 publica “Romances del Ochocientos”. En 1930, muere.

Otro caso, que sirve también, de ejemplo, es el del gran poeta León Felipe. Dejo la palabra a su mejor biógrafo y a uno de sus mejores estudiosos, hasta ahora:

“Si nacido en 1884, estos primeros poemas suyos los había compuesto y los leía ahora públicamente en 1919 y habría de publicarlos unos meses más tarde, en 1920, es decir, cuando el autor tenía treinta y seis años, y ya por ese comienzo tardío empezaba a manifestarse León Felipe como un caso poco frecuente de poeta, ya que, en efecto, el primer libro de los poetas suele ser casi de adolescencia —es raro el caso del poeta, del gran poeta tardío—; si el acento que esos primeros versos tenía resultaba asimismo insólito por aquellos años de estruendos, asombros y audacias ultrasitas, y, en consecuencia, León Felipe no tenía nada que ver con las modas literarias de Madrid— segunda rareza suya esa formidable independencia con la que, imbuída de honda esencia de humildad, se atrevía a aparecer ante el público —es de notable ahora que esa inoportunidad leonfelipesca, ese hallarse a destiempo de edades, estilos y modas sucesivas, no fue un hecho casual que se suscitó en sus comienzos de poeta; es algo que se ha venido repitiendo siempre a lo largo de su vida y de su obra, y como más adelante veremos, algo no fortuito, sino que es un hecho derivado de la peculiar manera que el poeta tiene de entender el destino del hombre.”

La cita corresponde a la pag 107 de "León Felipe, poeta de barro" (biografía), por Luis Ruiz, México, 1968, Colección Málaga, 266 pags. Algo ayuda la cita a entender ese enlace de la obra del dominicano Manuel Llanes con poetas de las generaciones de más tarde.

De acuerdo a la correspondencia cronológica, cabe hablar de una generación de poetas dominicanos de 1930? Qué puede unir a estos poetas y cuáles son sus capitanes generacionales? Qué acontecimientos nacionales y mundiales pueden determinar a esta generación?

Alrededor de qué año nacen los poetas dominicanos de la generación de 1930? Cuáles son las líneas estéticas de esta generación? Qué situaciones sociopolíticas, socioeconómicas, socioculturales determinan a estos poetas dominicanos?

1930 es el año del Golpe de Estado del militar Rafael Leonidas Trujillo y Molina y el del comienzo de lo que será llamada, más tarde, la Era de Trujillo. Los cambios de todo tipo que promoverá la Era de Trujillo se dejarán sentir, también, en las vías estéticas que predominarán durante esos largos años. El lenguaje poético alusivo, criptográfico, de una parte de los poetas de "La Poesía Sorprendida", encontrará las claves de una protesta más allá de lo estético e internada en lo político. Las formas surrealistas esconderán, en la poesía dominicana de entonces, formas de rebeldía política. Una poesía de los extraordinarios símbolos como la de Franklin Mises Burgos vendrá a ser, en cierto modo, como la poesía de Boris Pasternak en la Era de Stalin. Las formas de simbología bíblica de la poesía de Manuel Valerio; los elementos más directos de algunos poemas de Antonio Fernández Spencer; el automatismo psíquico puro de "Vlía" de Freddy Gatón Arce, serán modos y maneras de un rebote de la presión política sobre la poesía de entonces.

Desde otra línea, la poesía de Héctor Incháustegui Cabral, irá trabajando un tono de testimonio sociopolítico, desde lo poético, en sus preocupaciones en relación a los problemas de la tierra dominicana. Domingo Moreno Jimenes proyectará, más y más, el postumismo hacia un neorrealismo —en una línea— y hacia una preocupación y angustia cósmica existencial —por la otra vertiente—. La Era de Trujillo que producirá exilios, determinará, en parte, el carácter de la obra de Pedro Mir en cuanto a la expresión de lo dominicano.

En lo interno, casi con el estreno del régimen de Trujillo, las fuerzas de la naturaleza desatada destruirán la capital dominicana,

símbolo de la conquista y colonización del Nuevo Mundo:

La crisis mundial del sistema liberal capitalista azotará, desde Wall Street, a nuestros pueblos en vías de desarrollo. La Era de Roosevelt comenzará también, como la antítesis de la Era de Stalin, pues Roosevelt propiciará cambios en el sistema capitalista, hasta entonces, y el Estado entrará a un sistema de programación democrática económica. Serán los años del "New Deal" y de la llamada "política del Buen Vecino".

En la Alemania de Goethe y de Marx, de Beethoven y de Heine, se ha empezado a levantar el infierno pardo: el Tercer Reich de Adolfo Hitler. En 1925 ha muerto el primer Presidente socialdemócrata de Alemania, el hijo de un modesto artesano y de una campesina: Federico Ebert.

Los años de Adolfo Hitler y de sus "Tropas de Asalto" y de la Gestapo sacudirán la década de los años treinta y vendrán a desatar —con el pacto Hitler—Stalin— el último año de aquella década de furias, el comienzo de la segunda gran guerra mundial.

Es una década donde el escritor tomará compromiso. Es la década de la lucha contra el nazifascismo. Es la década de la Guerra Civil Española. Es la década de los últimos años de Máximo Gorki, de "La Condición Humana"— Premio Goncourt, uno de los más famosos Goncourt de André Malraux (1937). Es la era del Comité contra la condena de Dimitroff. Es la Era de la gran prédica, contra la barbarie hitleriana, y por un mundo mejor, que encabeza el humanista Romain Rolland. Es la Era de André Gide. Es la Era del Frente Popular en Francia, en España, en Chile.

Todos estos acontecimientos preocupan, también, a los poetas dominicanos. Hasta tierras dominicanas llegarán, más tarde, poetas que traerán la experiencia de Rilke, de Hugo von Hofmannsthal, de Stefan Goerge, las lecturas de Goethe, Holderlin, Novalis, Kleist y que han conocido la vanguardia alemana en poesía, artes plásticas y en teatro (Bertold Bretch), como Erwin Walter Palm, eminente profesor, experto en historia del arte, y que ofrecerá sus lecciones en la Universidad de Santo Domingo.

Llegarán, también, artistas —como Eugenio Fernández Granell, como Enrique Casal Chapí—, profesores eminentes, discípulos de

Menéndez y Pidal —como Vicente Llorens Castillo—, jóvenes poetas y teatristas —como Alberto de Paz y Mateos—, y también críticos, poetas —como Manuel Valldeperes, Segundo Serrano Poncela— y otros, de lo que Franklin Mieses Burgos llamó en la dedicatoria de “Ariel Esperanzado”, “La España andariega y mejor”, o sea la del exilio, o sea la de la República. Podemos señalar una generación de poetas dominicanos “de los años treinta” ¿Y quiénes serían esos poetas?

Convendrían algunas observaciones, a modo de deslindes. A mi entender un poeta como Armando Oscar Pacheco (1901), cuyo libro inicial es “Vía Láctea” (1925) es un poeta retrasado de la generación post—modernista, tendencia a la que corresponde su tono. Y también es el caso de Lucas Pichardo (1903) que para Contin y Aybar, que lo antologa en su “Antología Poética Dominicana” 1943, desde la pag 203.

Tomás Hernández Franco (nacido en 1904) y Franklin Mieses Burgos (nacido en 1907) y Manuel del Cabral (nacido en 1912) junto a Héctor Incháustegui Cabral (1912) y Pedro Mir (1913), vienen a ser los capitanes líricos de esta generación dominicana, desde la poesía, y que encontrarán en la obra, comprometida, de Juan Bosch y de Ramón Marrero Aristy, su equivalencia en la obra de creación en la narrativa.

Juan Bosch publica “Camino Real”, cuentos, en La Vega, en 1933 y su novela “La mañosa” —presentada como “Novela de las revoluciones”— en El Diario, 1936, el año del comienzo de la Guerra Civil Española. Bosch ha nacido en Santo Domingo en 1909. Ramón Marrero Aristy ha nacido en Santo Domingo en 1913, publica en 1938 su obra de estreno: “Balsié”— Narraciones, estampas y cuentos”, en la editorial “Caribes”, 1938 y el año siguiente aparece en la Editorial La Opinión, en la capital dominicana su novela “Over”. Tanto Juan Bosch como Marrero Aristy son dos narradores comprometidos con un nuevo mensaje humano en la obra literaria de cada cual. Escriben páginas de testimonio y denuncia social desde la literatura. Recuerdo estos libros y a estos autores porque representan la tónica del compromiso social del escritor, desde la República Dominicana de aquella década “de los años treinta” de este siglo.

Pero dentro de la ubicación y proyección de los poetas de “la generación de los años treinta” hay que matizar algunas posiciones.

De entrada, encontramos un hecho singular. Tomás Hernández Franco (1904), el de más edad de esta generación que llamo "la de los años treinta", se introduce, a través de publicaciones muy precoces de sus primeros libros, en los terrenos de la generación anterior. "Rezos bohemios" (1921) y "De amor, inquietud, cansancio" (1923) son dos libros del Tomás Hernández Franco de los 17 y 19 años, en los que el poeta está escribiendo sus borradores líricos. Es con "Canciones del litoral alegre" (1936) que Hernández Franco entra, realmente, a las inquietudes de su generación. Después, mucho después, vendrá "Yelidá" (1942) uno de los libros cumbres de su generación.

Franklin Mieses Burgos, amigo, compañero, de los demás integrantes de su generación, es con Héctor Incháustegui Cabral que mantiene, siempre, una más permanente amistad, hasta que se produce cierto distanciamiento por cuestiones de las posiciones de "La poesía Sorprendida" y de "Cuadernos Dominicanos de Cultura" en relación a las posiciones y estrategias desde las actividades culturales, frente a la política del régimen de Trujillo.

Digo ruptura y ésto habría que matizarlo. Se produce, más bien, en un momento histórico, una especie de distanciamiento entre estos dos poetas, en el orden personal, aunque nunca es una ruptura de la amistad. Esto hay que entenderlo bien, además, pues existen razones de tipo temperamental y literario que contribuirán a que estos dos poetas aparezcan dentro de la literatura dominicana como los dos grandes capitanes literarios de su generación. Cuando esto sucede es inevitable, en la lógica humana, que no sea la misma relación cuando los dos poetas estaban ensayando sus primeras armas líricas.

La influencia de ambos se hace cada vez más fuerte e importante, en la poesía dominicana, al punto que claramente se va determinando una manera de entender y crear poesía a lo "Franklin Mieses Burgos" y una manera distinta de expresar el compromiso social "a lo Héctor Incháustegui Cabral". Cada cual tendrá sus partidarios. Subrayo muy bien que se trata de dos modos de entender el compromiso. Franklin Mieses Burgos —no debe olvidarlo el lector— es un poeta, también, profundamente comprometido. Los tonos sociales, de intenso poder simbólico en su poesía, la dominicanidad en la poesía de Mieses Burgos es de una categoría lírica de las más altas que se han escuchado en Quisqueya. El lector puede pensar, sin duda, en poemas —que serán analizados más tarde— y donde la posición de rescate de lo nacional dominicano, del compromiso

sociopolítico, de la lucha por la libertad, son evidentes. Un largo poema como "Prometeo Mortal" —que representa la segunda parte del cuaderno "Clima de Eternidad"—.

Pero está, además, ese largo poema que constituye la primera parte de *Clima de Eternidad*: "Ariel Esperanzado" donde el poeta propone: "Hay que decirle adiós a todas las banderas", en una concepción hacia el mundo que debía nacer después de la catástrofe.

"La Cueva" y su función

Ahora que tocamos el tema de las generaciones es necesario una referencia a "La Cueva", a la que he aludido, muy de pasada, en el volumen anterior. En éste, no será posible, tampoco, un estudio sobre este movimiento debido a que la indagación debe hacerse en la República Dominicana, en hemerotecas y procurando algunas grabaciones: —en forma de cuestionario— a algunos escritores que participaron en ella y pueden dar testimonio de sus actividades.

Hasta ahora lo más completo que tenemos son los dos capítulos que dedica Héctor Incháustegui Cabral a "La Cueva", en sus memorias *El Pozo Muerto*, desde la página 49 hasta la página 64, de la edición Santo Domingo, 1960. A esto agrego mis recuerdos de conversaciones con Rafael Américo Henríquez sobre "La Cueva" desde 1943 hasta 1945.

¿Se trata de una confluencia generacional? Es un punto de partida de una generación? Tendría que ser una reunión, no de estreno sino más bien de reagrupamiento, de la generación que he llamado de 1930, aunque en "La Cueva" se reúnen, también, representantes de generaciones anteriores. "La Cueva" viene a ser para mí un punto de reunión, y no más. Pudiera hablarse, más bien, de una tertulia y sería, entonces, "La Cueva" una de las tertulias más importantes de la historia de la literatura dominicana, pero no me parece, lo reitero, el lanzamiento ideológico de una generación, en circunstancias que dos de los principales integrantes de la generación del modernismo dominicano —Enrique Henríquez y Fabio Fiallo— tienen rango muy destacado en "La Cueva".

Lo que sucede es que en "La Cueva" hay una ala izquierda generacional, donde los poetas Franklin Mises y Héctor Incháustegui desean hacerse oír. Y ocurre, también, que Rafael Américo Henríquez y Juan Bosch intentan impulsar un romancero dominicano, que

sería importante —de haberse continuado y mantenido— como vía de una poesía nacional y, acaso, social. Pero no he podido conseguir ningún testimonio de esta poesía. Puede que esté en *El Listín Diario*, en la revista *Bahoruco*, de entonces, y en el intento de un órgano propio de “La Cueva”, que fue sólo empeño casi momentáneo.

Héctor Incháustegui nos dice: “Yo no podría determinar cuándo comenzaron las reuniones y mucho menos el momento preciso en que adquirieron carácter”. La habitación del poeta Rafael Américo Henríquez era “La Cueva”.

Incháustegui añade un dato que nos permite suponer que la generación “del 30” no era la voz cantante en “La Cueva”: “Don Enrique Henríquez, el padre de Pachungo (Rafael Américo Henríquez), sin proponérselo, vino a ser una especie de guía, mucho más travieso que cualquiera de los jóvenes del grupo” (p.49). Agrega: “Le oíamos con gran respeto: pesaba mucho su gran obra de poeta, por fin reunida por sus hijos póstumamente. (p.49).

Enrique Henríquez falleció en 1940. Su obra apareció en 1939 (*Los Nocturnos y Otros Poemas*) y esto nos da la fecha de “La Cueva”, la década de los años treinta.

Incháustegui Cabral es preciso a la hora de definir el contenido de “La Cueva” y nos da la razón cuando pensamos que no se trata del punto de despegue de una generación literaria (la “del 30”):

Fuimos muchos para ser un grupo homogéneo. Las diferencias de edad, la disimilitud de las formaciones, el abismo de los caracteres, las regiones de donde procedíamos, las ideas que teníamos en materia de letras, nos separaban, y a pesar de todo nos sentíamos unidos, con mucho de común, pero jamás pudimos presentar un solo frente, nunca llegamos a constituir baluarte y punta de lanza de una escuela, el asiento de una capilla literaria” (p.50).

Entre los integrantes de “La Cueva” estaban, además de los nombrados: Máximo Coiscou, Pedro María Cruz, siempre de paso igual que Moreno Jimenes, Juan Bosch, Guzmán Carretero —también de paso—, Rafael Damirón Díaz, Rafael Herrera, Pedro René Contín Aybar —que iba poco, Llanes, Ricardo Pérez Alfonseca, Andrejulio Aybar —de paso—, Manuel Llanes.

La generación de "1943"

De acuerdo al esquema propuesto por mí, para las generaciones poéticas dominicanas, correspondería a 1945 ser el año clave para el lanzamiento de una generación —después de la de 1930—, pero me parece más justo, de acuerdo al desarrollo histórico de la poesía dominicana, adelantar en dos años esta fecha y escribir, mejor: "generación de 1943".

Es un año, que he llamado "clave" en la literatura dominicana: aparece la primera antología cuidadosa en información, sobre poesía dominicana en el siglo XX, gracias a Pedro René Contín y Aybar; se ensaya una poesía a tres voces, donde un poeta de la generación del 1943 está presente: Mariano Lebrón Saviñón. Aparecen *Cuadernos Dominicanos de Cultura* y *La Poesía Sorprendida*. Esta última revista dará a conocer a los poetas primeros de la generación de 1943.

Esta generación, según mi esquema, incluye a poetas nacidos desde 1918 hasta 1933. Los últimos de la generación de 1930 vienen a ser Rubén Suro García—Godoy (1918) y Francisco Domínguez Charro (1918). Pudieran ser los primeros representantes de la nueva generación, pero en mi opinión representan las últimas consecuencias de los temas y del modo de tratarlos, de los poetas de la generación de 1930.

Falta, en relación a la generación de 1943, "el estilo generacional", tanto en Suro García—Godoy como en Domínguez Charro. Puede observarse —como se verá más adelante— que Rubén Suro profundiza y ahonda un neo—popularismo y tonos de poesía social, que están en algunos de los poetas de la generación de 1930 y que Domínguez Charro está inscrito dentro de la prolongación del Postumismo.

El estilo generacional de los poetas dominicanos de 1943 tiene una cargada intensidad de "algo nuevo" en el lenguaje y el desarrollo del poema, no obstante que los estilos poéticos abarcan desde el neo—popularismo hasta el neosurrealismo, que son dos corrientes bastante diferentes, y desde el neoclasicismo hasta el neobarroquismo, que también son vías muy diferentes en cuanto al estilo.

Por la onda de esta generación circula una característica que parece unificadora: la búsqueda. Esto da un cierto estilo genera-

cional. Se entiende que hablo de búsqueda con todo el rango y la importancia que esto tiene para la poesía.

Quiénes son, para mí, estos poetas de la generación de 1943? Manuel Valerio (1918), Aida Cartagena Portalatín (1918), Freddy Gatón Arce (1920), Manuel Rueda (1921), Antonio Fernández Spencer (1922), Mariano Lebrón Saviñón (1922), J. M. Glass Mejía (1923), Víctor Villegas (1924), Ramón Cifré Navarro (1926), Rafael Valeria Benítez (1928), Juan Carlos Jiménez (1929), Lupo Hernández Rueda (1930), Abelardo Vicioso (1930), Alberto Peña Lebrón (1930), Máximo Avilés Blonda (1931), Francisco Nolasco Cordero (1932). Está el poeta Luis Alfredo Torres (1935) que aunque nace dos años después del último de estos poetas, corresponde más a esta generación de 1943 que a la que hace su aparición en 1960, pues Luis Alfredo Torres está inserto en el equipo que formarán Hernández Rueda, Peña Lebrón y Cifré Navarro en la revista *Testimonio*.

No cabe designar a esta generación como la de *La Poesía Sorprendida*, porque solamente la vanguardia cronológica de esta generación forma parte de *La Poesía Sorprendida*. Cuando la revista aparece, Hernández Rueda y Abelardo Vicioso son adolescentes de 13 años.

Tampoco es posible llamarla Generación de 1948, porque se trata de una fecha donde empiezan a publicar los menores dentro de esta generación y ya, por entonces, *La Poesía Sorprendida* acaba de desaparecer.

Yo veo, sin embargo, un puente entre estas dos promociones de una misma generación poética para mí.

Algunas consideraciones marginales

No se me escapa una notoria dificultad para poder poner de acuerdo a dos promociones, muy fuertemente poéticas y muy personales, dentro de una misma generación, para que ambas promociones acepten formar parte de una misma generación.

La generación de 1943, en su vanguardia cronológica tiene tres grandes capitanes o líderes generacionales: Antonio Fernández Spencer, autor de la primera antología poética dominicana de gran estrictez; ganador de dos grandes premios de poesía importantes, en España: el *Adonais*, y el *Leopoldo Panero*; reconocido fuera de la

República Dominicana por críticos españoles de mucha categoría como Gerardo Diego y Melchor Fernández Almagro, catedrático universitario y formador, a su vez, de jóvenes críticos de mucha alcurnia —como Marcio Veloz Maggiolo, Carlos Esteban Deive y Ramón Emilio Reyes, que fueron sus discípulos en la Universidad—. Aparte de ésto está la categoría de su poesía.

El otro líder de la generación es Freddy Gatón Arce a través de una poesía de exploración y vanguardia (Vlía) y de un sostenido magisterio estético a través del Suplemento Cultural de *El Nacional de Ahora*, durante bastantes años y que me parece el suplemento cultural más importante y orientador de los publicados en la República Dominicana hasta la fecha.

Pero para complicar esta situación, el otro líder de esta vanguardia cronológica de la generación, es Manuel Rueda que en la década de los años setenta lanza "El Pluralismo", exploración que marca un movimiento en 170 grados en la aguja de las inquietudes estéticas.

Aún contando con estos tres líderes generacionales, que actúan en diversos períodos, recargando su liderazgo, el asunto sería de por sí complicado, pues esta generación no está polarizada en un capitán exclusivo, en cuanto a la generación.

Pero hay más. Resulta que la segunda promoción generacional se presenta con gran ímpetu reclamando ser la *Generación de 1948* y esta promoción tiene un gran capitán literario, guía, que es Lupo Hernández Rueda. Es, junto a Manuel Rueda, un antólogo de categoría, un creador lírico importante, y un ensayista y crítico de mucha personalidad y magnetismo. Esto lo convierte, también, en guía, pero resulta que la vanguardia cronológica de esta generación ha partido con *La Poesía Sorprendida* y Lupo Hernández Rueda viene a ser uno de los guías de *Testimonio*, que aparece en febrero de 1964, o sea 17 años después del último número de *La Poesía Sorprendida*, que es de abril a mayo de 1947.

Es cierto que al año siguiente, en 1948, ya están estos poetas de la segunda promoción, publicando sus primeros textos líricos, pero también es cierto que Hernández Rueda es ocho años menor que Fernández Spencer y que ocho años si son poca cosa en la órbita de toda una vida humana, son mucho si se trata de la distancia entre individuos de una misma generación literaria.

Dos observaciones más: Lupo Hernández Rueda encabeza la lista de los tres directores de *Testimonio* —revista y ediciones de indudable importancia en la historia de la poesía dominicana y para esta generación—. Y en las primeras líneas del primer editorial —“La suerte está echada”— los directores declaran pertenecer a una misma generación (“aunque dirigida por tres poetas de una misma generación, *Testimonio* no es ni será el órgano de un grupo ni un órgano exclusivamente de poesía”, pag 5).

Por otra parte el problema de la generación de 1943 está algo desubicado si se quiere señalar como la generación de *La Poesía Sorprendida* o la *Generación de 1948*, pues si el problema estético de esta generación no es nada desdeñable, hay algo más.

Unas observaciones de Hernández Rueda

A mi entender se trata que surgen, en la generación de 1943, dos promociones o dos oleadas cronológicas de fuerza y personalidad suficiente para disputarse el timón de la generación. Aunque mis simpatías están hacia los poetas de esta generación, pertenecientes a *La Poesía Sorprendida*, no puedo desconocer, en ningún momento, la calidad y el rango de los poetas, de esta misma generación de 1943, que fundan y se agrupan en torno a la revista *Testimonio*, o los que han sido llamados *Generación de 1948*.

Para este debate, que sólo me cumple dejar abierto y que interesará a nuevos estudiosos más tarde, pedí a Lupo Hernández Rueda, a través de Freddy Gatón Arce y Manuel Mora Serrano, sus puntos de vista en torno a la llamada *Generación del 48*. La extensa carta —informe de Hernández Rueda tiene 40 páginas y la utilizaré— con las debidas citas y referencias en todo lo que crea que sitúa puntos importantes de vista, en algunos de los temas de este volumen.

En la lista de poetas nacidos entre 1924 y 1938, que son las fechas que propone Hernández Rueda, para estar de acuerdo con la clasificación de generación *cesárea*, propuesto por Julián Marías (yo he propuesto la de nacidos entre 1918 y 1933 como se recuerda), Hernández Rueda señala, además de los poetas ya citados por mí, a Abel Fernández Mejía (1931), a Juan Sánchez Lamouth (1929), Ramón Francisco (1929) y a dos poetas, a los que yo ubico en la generación siguiente: Marcio Veloz Maggiolo (1936) y José Gouddy Pratts (1936).

La Generación del 48 fue denominada así por Máximo Avilés Blonda porque fue el año en el que se dieron a conocer, aunque Marcio Veloz Maggiolo en *Cultura, Teatro y relatos en Santo Domingo*, UCMM, 1972, dice que en un principio estos poetas “permanecieron a la sombra del sorprendidismo” (p. 18), aunque reconoce que estos poetas *del 48*, más tarde, se han ido definiendo.

Como se ve, el problema de la *Generación del 48* es de por sí polémico en cuanto si son una generación todos ellos, o si —como pienso yo— forman parte de una generación más amplia que he llamado de 1943.

Sobre la formación de estos poetas, quiero citar un párrafo de la carta de Hernández Rueda (12—IV—1975 pag 4).

El grupo del 48 reúne también la segunda nota característica: homogeneidad en la educación, identidad en los “elementos informativos”; todos concuerrieron casi al mismo tiempo a la Escuela Normal de Varones (de la capital dominicana), donde fueron sus maestros, entre otros, Pedro Mir, Livia Veloz, Carlos Curiel, Tulio H. Arvelo, Andrés Avelino, Alicia Ramón, Bienvenido Mejía y Mejía. La gran mayoría ingresó a la Universidad de Santo Domingo, donde hizo estudios de Derecho. Los textos, las lecturas eran comunes y sus fuentes las mismas. Había identidad también en los medios de proyección de sus inquietudes (Alma Mater, Colaboración Escolar, El Caribe, etc.).

Hernández Rueda ha dado con la clave del asunto al designar como grupo al de 1948 y no como generación. (Aquí es posible que se haya deslizado, de modo subconsciente, la calificación), pero esto sirve también para hablar del grupo de la Poesía Sorprendida y no de la generación de *La Poesía Sorprendida* que ya dije, y lo repito, va, cronológicamente, más allá de *La Poesía Sorprendida*.

Hay unas notas más que deseo recoger en torno al nombre buscado a estos poetas:

Los efectos aglutinantes de tales ocurrencias son evidentes (los veremos más adelante). Pero, en lo referente al grupo del 48, hay otro hecho, de tipo cultu-

ral, que también produce en ellos un efecto revolucionario aglutinante, se trata de la aparición del diario El Caribe, en 1948, y el establecimiento en él de la Sección Colaboración Escolar, dirigida por Doña María Ugarte. Desde este momento, los jóvenes del 48 tienen un medio donde manifestar sus inquietudes literarias. Allí acuden y por allí se inicia un vínculo, una amistad que se acrecentará con los años. Tan vital y determinante es este hecho histórico-cultural, que el grupo recibe por esta circunstancia el nombre de Generación del 48 (pag 6).

Una vez más Lupo Hernández Rueda se refiere, con vocablo acortado, al grupo y no a la generación. En suma, para la coexistencia de las dos promociones de esta generación, me parece más acertado hablar de grupos, dentro de los dos polos donde esta generación se instala: *La Poesía Sorprendida y Testimonio* —que es la mayoría de edad de estos poetas—, pero pienso que estos polos no son antagónicos.

A esta generación, además de los poetas anteriores, deben incluirse: Manuel Mora Serrano (1928), que es un poeta bastante independiente, un poeta “provincia adentro”, animador de las inquietudes en ciudades provincianas, que a veces dice “que flota” en las corrientes generacionales; José Martínez (1932) y algún otro.

La Generación de 1961 o del Testimonio

La Generación cuyo año cronológico del inicio de la cuenta generacional es 1960 debe llamarse más bien Generación de 1961 o *Generación del Testimonio*. Se trata de poetas nacidos entre 1933 y 1948, para que estén los quince años generacionales. O sea, y esto es importante: los poetas más jóvenes de esta generación están naciendo cuando los poetas de la última promoción o grupo de la generación anterior, están publicando sus primeros poemas en la página que dirige María Ugarte en *El Caribe*.

1961 es el año del asesinato de Rafael Leonidas Trujillo —El Generalísimo o el Benefactor—. Es un año especialmente convulsionado en lo social, en lo político, en lo cultural, en lo económico. Se producirá, de repente, un empuje contra las puertas que aún intentan sofocar la expresión más abierta y libre. Más tarde, y como interpretando la situación, Aída Cartagena Portalatín iniciará *Briga-*

- *das Dominicanas*, que ya en 1962 están publicando los *Cuadernos*
- *Baluartes*. Dos años más tarde inicia su acción *Testimonio*, que deja
- una huella bastante firme y honda y que es un trabajo de equipo.

Esta generación va a ser la que va a ofrecer un testimonio a partir de esa gran tensión sociopolítica. Por eso la llaman *Del Testimonio* puesto que lo social estará muy presente en estos poetas. *Del Testimonio* porque es una generación testificadora, que da fe de un hecho, que da una muestra, una señal, una demostración de una situación. También algunos de estos poetas de la Generación *Del Testimonio* se dan a conocer en la revista *Testimonio*, abierta a ellos.

Este tener que testificar ante la poesía y ante la historia, ante el presente y ante el mañana, une a estos poetas, aunque después se dispersen y asuman posiciones distintas. Algunos van a dar énfasis al testimonio social puro. Los años que van desde 1961 hasta 1966 en la República Dominicana, son años de una historia estremecedora, donde está ese abril—mayo de 1965.

Ya estos poetas pueden hablar en otro tono que el utilizado por los poetas de *La Poesía Sorprendida* y el grupo de 1948, cuando deben referirse o aludir a lo sociopolítico dominicano. Los tipos de “idiomas simbólicos” para referirse a la situación dominicana son reemplazados por un idioma directo. Han quedado atrás esos grandes poemas de Mises Burgos, de altos y vibradores símbolos en los que tiene que acudir a Ariel y al Prometeo para hablar de la angustia sociopolítica dominicana.

La lucha es directa y dramática. La revista *Testimonio* es un excelente barómetro de este nuevo lenguaje para la poesía dominicana (La revista abarca desde febrero de 1964 hasta enero—marzo de 1967, número 28—30).

Estos poetas dominicanos de la generación de 1961 o *Del Testimonio* son para mí: René del Risco (1937), Marcio Veloz Maggiolo (13 de agosto 1936), Ramón Emilio Reyes (1936), Grey Coiscou (La Vega 1939), Juan José Ayuso (1940), Miguel Alfonseca (1942), Roberto Marte (1945), Pedro Caro (13 de junio de 1947), Héctor Díaz Polanco (San Pedro de Macorís, 12 de octubre 1944), Danilo de los Santos (Puerto Plata, 1944), Jeannette Miller (1944), Antonio Lockward Artilles (1943).

A esta lista, Manuel Mora Serrano, agrega, a mi ruego estas fechas

de nacimientos de otros poetas que forman esta generación: Norberto James (San Pedro de Macorís, 1944); Mateo Morrison (Santo Domingo 1947), Apolinar Núñez (Baitoa, Santiago, 1946), Federico Jóvine Bermúdez (San Pedro de Macorís, 8 de abril 1944). Hasta ahora no ha sido posible confirmar la fecha de E. Hernández Mejía que me parece pertenece también a esta generación. A esta generación pertenece, también, el poeta y ensayista Héctor Amarante (1945), autor de un panorama muy lúcido sobre la cultura dominicana en la última década "Diez Años de Cultura Dominicana", *Listín Diario—Artes y Letras*, 26 de enero 1974.

No sería justo, callar una razón sentimental, y dejar de incluir entre estos poetas, a Jacques Viau Renau, haitiano de nacimiento, (Puerto Príncipe, 1942), pero que desde los seis años (1948) vivió en territorio dominicano y que compartió esperanzas, angustias e inquietudes con los poetas dominicanos —sus hermanos— de esta generación. Perteneció a "Arte y Liberación".

No es fácil determinar una figura cristalizadora o líder de esta generación de poetas. En varios de estos poetas parece polarizado el liderazgo, y ocurre con ellos algo parecido a la generación anterior: que parecen existir varias figuras con valor de dirigentes de una generación. Al parecer uno de esos espíritus guías era René del Risco, muerto, desdichadamente, en hora temprana.

Los poetas de la generación de 1975

1975 es año clave de inicio de la acción de una nueva generación de poetas dominicanos, pero ocurre que esos poetas nacidos los primeros en 1948 y los últimos en 1963 —y que son, mientras escribo, unos muchachos de doce años—, ya están, los de la vanguardia de la generación expresándose. Estos poetas abarcarán una acción lírica que ocupará, en plenitud de creación muy viva, hasta 1990, en que debe irrumpir la generación de poetas dominicanos que yo llamaría del siglo XXI y que no han sido concebidos todavía.

Dejo el año 1975, que es año significativo, como año definidor para esta generación que empieza ahora su acción poética.

A esta generación que llamo de 1975 pertenecen, según mi criterio: Enrique Eusebio (Santo Domingo, 1948), Soledad Alvarez (12 de noviembre de 1949), Luis Manuel Ledesma (16 de junio de 1949), José Molinaza (13 de julio de 1951), José Morel (1949), Franklin

Gutiérrez (1951), Radhamés Reyes Vásquez (1952), Tony Rafal (Santo Domingo, 1951), Wilfredo Lozano (Santo Domingo, 1950), Ivette Arvelo (22 de diciembre de 1952).

Debo a Manuel Mora Serrano y a José Molinaza la confirmación de gran parte de estas fechas.

Según mi estudio cronológico, en relación a las generaciones dominicanas, debe ser 1975 el año de inicio de esta nueva generación, pero resulta que Tony Rafal ha publicado *La Poesía y el Tiempo* en 1972 y *Gestión de Alborada* en 1973; Wilfredo Lozano editó *La Esperanza y el Yunque* en 1972. José Molinaza dió a conocer *Ultimo Universo* en 1972. Radhamés Reyes Vásquez se dió a conocer en 1973 con su cuaderno *La Muerte en el Combate*. Por su parte, Franklin Gutiérrez publicó *Canto a mi pueblo herido*. Todos los otros poetas, aparte de éstos que doy con primeros cuadernos publicados, han venido apareciendo, desde hace unos años atrás, en los principales suplementos literarios dominicanos. Esto querría decir que 1975, aunque es una fecha cronológica para el estreno de una nueva generación, no corresponde enteramente a unos poetas que se adelanten, hasta en tres años a lo que pudiéramos llamar "la fecha posible de la irrupción generacional".

1971 es un año demasiado prematuro, para bautizar a esta generación, porque es en 1972 que irrumpen los poetas más adelantados de ella. 1975 es el año del Primer Congreso de la Joven Poesía (Dominicana). Se habla, entonces, de la Joven Poesía. Enrique Eusebio y Soledad Alvarez empiezan a leer sus poemas a grupos sociales de la capital y el interior, hacia una búsqueda y un reencuentro de un auditorio con participación y resonancia popular.

Hay que recordar que en el Primer Congreso de la Joven Poesía hay una preocupación por el acento social en la poesía dominicana, a través de los trabajos de Bruno Rosario Candelier: "Poesía Dominicana y Problemática Social"; Antonio Lockward Artiles: "Materia y Forma de la Poesía Dominicana Actual"; Alberto Peña Lebrón: "Lo Social en la Generación del 48".

Enrique Eusebio en tres artículos sobre "¿Qué es la Joven Poesía?" (*La Noticia*, Santo Domingo, 31 de mayo, 2 y 4 de junio de 1975), ha aportado una serie de informaciones, a modo de crónicas y comentarios, en relación a la acción social de los poetas, que comienza, para Enrique Eusebio, en la década de los años sesenta, aunque en

· forma esporádica y cobra impulso y militancia en abril de 1965.

Los poetas de la generación que he llamado 1975, pudieran ser calificados como de 1974 por haber ocurrido ese año el Primer Foro de la Joven Poesía (“Debemos marchar juntos, a pesar de las diferencias”). Es evidente que vuelven a reunirse en el quehacer poético dos generaciones: los poetas Del Testimonio, de la generación de 1961 y los poetas de la generación de 1975 (o de la generación de 1974).

Los poetas que inician las lecturas de poesía ante un auditorio popular y se trasladan a los sitios más distantes son: Norberto James, Mateo Morrison, Andrés Mateo, Alexis Gómez, Enrique Eusebio, Soledad Alvarez y Rafael Abreu Mejía. Luego vendrían Antonio Lockward, René del Risco, Héctor Bueno, Diómedes Núñez Polanco, Fausto del Rosal, Blas Santana y otros. En Santo Domingo escriben, por entonces: Domingo de los Santos (fallecido en 1974), Luis Manuel Ledesma, Radhamés Reyes Vásquez, Tony Rafal y Federico Jóvine Bermúdez. Como se advierte, hay aquí poetas de 1961 Del Testimonio y poetas de la Generación 1975.

Los grupos de poetas surgidos después de abril de 1965 se llaman “El Puño” (Miguel Alfonseca, René del Risco, Ramón Francisco, Ramírez Conde, Marcio Veloz Maggiolo, Enriquillo Sánchez y otros; “La Isla” (Antonio Lockward Artilés, Norberto James, Andrés L. Mateo, Fernando Sánchez, Wilfredo Lozano y otros; “La Máscara” (Héctor Díaz Polanco, Aquiles Azar, y otros; “La Antorcha” (Alexis Gómez, Enrique Eusebio, Mateo Morrison, Soledad Alvarez, Rafael Abreu—Mejía. También se ve, en esta enumeración, el trabajo conjunto de poetas de generaciones contiguas o vecinas.

Ya se verá, en los capítulos correspondientes, cómo se proyecta en la poesía dominicana del siglo XX lo acontecido en abril de 1965 y sus resonancias.

Por otra parte, si se examinan los suplementos y páginas literarias dominicanas de este año en el que escribo (1975), se verá que las dos últimas generaciones líricas dominicanas (1960 y 1975), están cuestionando, revisando, el pasado y el presente de la poesía dominicana en busca de las claves de su futuro. Unas palabras de Carlos Francisco Elías en “El valor cultural y la honestidad generacional”, en *Listín Diario —Artes y Letras*, 5 de julio de 1975, pags 1 y 2, ofrecen una de las claves para esta búsqueda sin dogmatismos: “El arte hoy pide a quienes lo realizan una actitud más abierta frente a todos los fenó-

menos que presentan nuestro tiempo” (p.1).

En esta generación más reciente también resulta muy difícil poder prever el posible liderazgo generacional, porque trabajan, casi paralelamente, con bastante personalidad —joven, pero ya crecida—: Tony Raful, Enrique Eusebio, Luis Manuel Ledesma y José Molinaza. Hay también, aquí, en estos jóvenes poetas una división de estilos poéticos y de temas. Mientras Luis Manuel Ledesma se convierte en el segundo teórico del *Pluralismo* —exploración de vanguardia pura—, otros poetas de esta última generación se inclinan hacia el testimonio social (Reyes Vásquez) o hacia una variedad de campos (Raful).

Unos puntos de vista de José Molinaza

He pedido su opinión, a través de una encuesta, a uno de los más jóvenes poetas dominicanos —José Molinaza—, en relación al problema de las generaciones y a su cronología.

En carta del 4 de marzo de 1975, José Molinaza piensa que “para nuestro país resulta muy peligroso, arriesgado, seguir una metodología estricta, de ritmo Ortega y Gasset, porque somos un país con una historia en grado sumo accidentada”. Opina que “Las divisiones de nuestros poetas y escritores obedecen más bien a circunstancias históricas, socio—políticas (. . .)

Tampoco está de acuerdo José Molinaza en llamar a la última generación “la generación 1975”. Propone llamarla “Generación de abril 65”, pero, dentro de mi cuadro cronológico, este abril de 1965 viene a motivar la generación anterior a la de 1975, que he llamado “la generación de 1961 o del Testimonio”.

Molinaza propone un esquema que abarca la Generación del 60 con estas divisiones:

Abril 65: Grey Coiscou Guzmán, Miguel Alfonseca, José Ramírez Conde, Félix Lendebor, Gudy Pratts, Rafael Vásquez, Rafael Acevedo, Antonio Lockward Artiles, Ramón Francisco, Marcio Veloz Maggiolo (algunos de estos formaron parte del grupo literario “El Puño”).

Arte y Liberación: Jeannette Miller, Roberto Marte, Héctor Dotel, Jacques Viau Renau, Pedro Caro (se gesta en 1962, se desarrolla en 1963, durante el gobierno de Juan Bosch. El nombre fue traído al

país por Silvano Lora, pintor, dándole nombre al manifiesto del mismo nombre).

Grupo de Post-Guerra: Norberto James Rawling, Andrés L. Mateo, José Ulises Rutinel (Jorge Lara), Soledad Alvarez, Mateo Morrison, Alexis Gómez, Rafael Abréu Mejía, Enrique Eusebio.

Los Novísimos: Luis Manuel Ledesma, Tony Raful, José Molinaza, Radhamés Reyes Vásquez, Federico Jóvine Bermúdez, Miguel Angel Perdomo, Domingo de los Santos.